

Presencia y transformación de las diez
modalidades de ensayo establecidas por José
Luis Martínez en *El ensayo mexicano moderno*

The Presence and Transformation of the Ten
Essay Modalities in José Luis Martínez's
El ensayo mexicano moderno

Eduardo Aguirre
Universidad de Guadalajara, México

ORCID: 0000-0001-7496-6885
jesus.aguirre@academicos.udg.mx

Recibido: 08 de junio de 2025
Dictaminado: 07 de octubre de 2025
Aceptado: 06 de noviembre de 2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 2.5 México.

Presencia y transformación de las diez modalidades de ensayo establecidas por José Luis Martínez en *El ensayo mexicano moderno*

The Presence and Transformation of the Ten Essay Modalities in José Luis Martínez's *El ensayo mexicano moderno*

Eduardo Aguirre

RESUMEN

En 1958, el lanzamiento de la antología *El ensayo mexicano moderno* de José Luis Martínez marcó un hito en el panorama literario mexicano al posicionar rápidamente sus dos volúmenes como una obra precursora en la tradición ensayística mexicana. En su célebre “Introducción”, Martínez propuso diez modalidades en que se presenta con mayor frecuencia el ensayo mexicano: desde la creación literaria hasta el ensayo de fantasía o crónica periodística. Este artículo examina el modo en que dichas modalidades fueron tomando cuerpo a lo largo de tres momentos de gestación. Más allá de considerarlas simples categorías prescriptivas, se busca comprender sus orígenes y transformaciones a lo largo del tiempo, planteando interrogantes sobre su presencia en la enseñanza y producción ensayística contemporánea.

Palabras clave: antologías de ensayo; ensayo mexicano del siglo XX y XXI; ensayo literario; literatura mexicana; José Luis Martínez.

ABSTRACT

The year 1958 marked a milestone in Mexican literature with the release of José Luis Martínez's anthology *El ensayo mexicano moderno*. This two-volume work established itself as a foundational text in the country's essayistic tradition. In his well-known “Introduction” Martínez identi-

fied ten key modalities of Mexican essay writing, ranging from literary creation to fantasy essays to journalistic chronicles. The objective of this article is to trace the evolution of these modalities by examining three pivotal moments in their development. Rather than perceiving these modalities as static prescriptions, the study aspires to delve into their genesis and evolution over time. Additionally, by examining their impact on essayistic discourse and their role in shaping the voices of new writers, the article reflects on their current relevance in both education and essayistic production.

Keywords: Essay Anthologies; 20th and 21st-century Mexican Essay; Critical Theory of the Essay; Mexican Literature; José Luis Martínez.

PRIMERAS LUCES SOBRE EL IMPACTO FORMATIVO DE LA ANTOLOGÍA

Hace unos meses, al finalizar una ponencia sobre José Luis Martínez y su antología *El ensayo mexicano moderno*, un par de profesores, entre confesión y evocación nostálgica, comentaron que la antología, en efecto, había formado parte “decisiva” de su educación literaria desde la secundaria y hasta la universidad, esto es, que desde jóvenes y hasta la etapa de consolidación vocacional el ensayo desde la perspectiva de José Luis Martínez cimentó, tanto para ellos como para “su generación”, tres aspectos fundamentales: a) qué es y qué debería entenderse por ensayo; b) cómo se define y cómo se divide el discurso ensayístico; y c) de qué manera debe no sólo comentarse, sino escribirse.

Desconozco, por supuesto, los detalles de este acontecimiento –si por acontecimiento entendemos el hecho de que un libro, uno solo, sea parte “decisiva” de la formación literaria de quien sea. Si algo entiendo –si algo puedo deducir ahora que me ha dado por preguntar– es que la parte confesional viene dada por el hecho de haber leído y releído, acaso por mandato docente, *El ensayo mexicano moderno* como una suerte de prescripción literaria, lo que derivó naturalmente en situar las coordenadas más generales del discurso ensayístico desde y a partir de un solo sujeto. Por otro lado, la parte nostálgica, o sea, la de añoranza de los días, corresponde a que en

su propia trayectoria profesional, es decir, ya como docentes universitarios, no haya habido motivo, teórico o práctico, para volver a la antología.

La noticia, si en ella queremos ver una novedad, no ha de sorprender a nadie, pues en las décadas que siguieron a 1958, año de su primera edición, la antología de José Luis Martínez se consolidó como una referencia obligada en el estudio y comprensión primera del ensayo mexicano.¹ Por uno u otro lado, el comentario de los profesores me sirve para poner de relieve un asunto sabido, pero olvidado: *El ensayo mexicano moderno*, la antología de ensayo panorámica más importante en México, mantuvo una presencia protagónica en la enseñanza y trasmisión del ensayo, cuya claridad didáctica, sencillez expositiva y marco metodológico sedujo a más de un maestro, a más de un estudiante y desde luego a más de un ensayista y a más de un antologador.

Hago uso del pretérito porque no tengo, y dudo mucho que pueda tenerse, certeza de si continúa siendo así. Quiero decir: preguntando aquí y allá, buscando en los pocos programas de asignatura disponibles en línea –actuales y en desuso–, revisando bibliografía, repositorios institucionales, incluso desde mi experiencia como investigador, docente y ocasional tallerista, tengo la impresión, meramente subjetiva, meramente personal, de que la potencia de la antología está en un proceso de transición hacia la reliquia empolvada. Es conocida, por supuesto, y tengo por seguro que pervive en la memoria de no pocos ensayistas –de hecho, hay que decirlo, el ensayo como “literatura de ideas”, noción afianzada en

¹ Aunado a los testimonios de quienes recibieron el ensayo como herramienta formativa o competencia lectora, destaco un pequeño libro titulado *El ensayo* (1973), de Arturo Souto, cuya publicación fue parte del Programa Nacional de Formación de Profesores, a cargo de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior (ANUIES). Souto retoma, en gran medida, las ideas de José Luis Martínez, presentadas quince años antes en *El ensayo mexicano moderno*, aunque omite incluir la antología en su lista de bibliografía o “lecturas recomendadas”. Ignorando momentáneamente esta rareza –que se antoja para un texto por separado–, una línea en la hoja de presentación del libro ilustra mi punto: “Esta publicación –señala el Secretario General Ejecutivo– forma parte de la serie TEMAS BÁSICOS [...] correspondiente en el nivel de enseñanza preparatoria o bachillerato.”

la antología de Martínez, está al centro de numerosos concursos, becas y demás entremeses culturales y académicos—, pero hay un asunto ineludiblemente generacional que se acerca con peligrosidad al olvido.

Muy a mi pesar, sin embargo, debo aceptar que mi corazonada va tomando fuerza a paso desalentador. Recientemente, compartiendo mi inquietud con un ensayista famoso, publicadísimo, acaso unos años más joven que los profesores, su respuesta daba a entender que en *El ensayo mexicano moderno* habita un tipo de pátina política y literaria a la que no debemos habituar a los jóvenes escritores, de modo que él, como algunos de su círculo cercano, suelen omitir su rastro para no hacerle propaganda a los vicios del mercado. No suscribo, pero entiendo. Las antologías pueden ser malvadas, pero de ninguna manera son inútiles. ¿No podrían aprovecharse para enriquecer una visión cronológica del ensayo, incluso considerando su sesgo inherente? ¿No podrían hallarse en los ejes rectores de *El ensayo mexicano moderno*, por ejemplo, las líneas editoriales de muchísimas revistas indizadas, suplementos culturales, certámenes literarios? ¡Por supuesto que sí! En la antología de José Luis Martínez, existe todavía mucho camino por recorrer, no sólo por ser un hito casi inexplorado en el devenir del ensayo mexicano –con el que podemos o no estar de acuerdo–, sino por cuanto es la puerta de entrada a una práctica de escritura asentada en nuestro país, riquísima por lo demás, y que sin ella –o con ella, precisamente– pueda rendirse cuentas de los virajes del ensayo desde mediados del siglo pasado hasta hoy.

Puedo exagerar, pero no creo equivocarme si digo que uno de los usos más comunes de *El ensayo mexicano moderno* ha sido como piedra de extracción. Suele impartirse, si todavía se hace, de manera prescriptiva, como ejemplo o método a seguir, pero rara vez rebasa el enfoque meramente instruccional. Y en su conocido prólogo, al que José Luis Martínez dio el nombre de “Introducción”, se encuentra una de sus vertientes más explotadas: me refiero a las diez modalidades o formas en las que José Luis Martínez dividió al discurso ensayístico, según su estilo, tono e intereses. Las diez modalidades son: ensayo como género de creación literaria; ensayo

breve, poemático; ensayo de fantasía, ingenio o divagación; ensayo-discurso u oración –doctrinario–; ensayo interpretativo; ensayo teórico; ensayo de crítica literaria; ensayo expositivo; ensayo-crónica o memorias; ensayo breve, periodístico.

No vengo aquí, entonces, a legitimar ni a clamar la pertinencia de una antología.² En este artículo, pretendo ofrecer una perspectiva, si se quiere histórica, sobre la progresión y transformación de dichas modalidades según fueron dando ocasión los trabajos publicados de un joven José Luis Martínez. Estoy convencido de que al hacerlo –es decir, mencionando cómo iniciaron y cómo terminaron, con base en quién estuvieron hechas y qué o quiénes pudieron haber sido sus afluentes–, la evidente carga pedagógica de la antología se convierta en un medio para el debate.

LA ANTOLOGÍA DESGLOSADA: VOCES, TIEMPOS Y CRITERIOS

Durante el primer semestre de 1958, vio la luz la primera edición de *El ensayo mexicano moderno*, en los números 39 y 40 de la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica. Cinco años después de la *Antología de la poesía mexicana moderna* (1953) de Antonio Castro Leal y ocho antes del lanzamiento de *Poesía en movimiento* (1966) de Octavio Paz y compañía, *El ensayo mexicano moderno* destaca como una obra precursora en un entorno donde las compilaciones –especialmente, las poéticas– juegan un rol fundamental en la configuración, resguardo y renovación de la tradición literaria mexicana.

Los documentos conservados en el Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica –cartas y actas de la Junta de Gobierno– permiten situar el origen del proyecto en 1951, cuando Arnaldo Orfila Reynal, editor del Fondo de Cultura Económica entre 1948 y 1965, propuso a José Luis Martínez encargarse de la antología.

² Vale hacer un parentésis: actualmente, llevo a cabo una investigación posdoctoral que interroga al discurso ensayístico –tomo la expresión de los trabajos de Víctor Barrera Enderle, investigador de la Universidad Autónoma de Nuevo León– a partir de algunas antologías de ensayo publicadas en México. Menciono lo anterior con el cometido de animar a quienes compartan el interés por estos temas a replicar lo que ya ocurre en los estudios sobre antologías de poesía, mucho más numerosos y consistentes que los dedicados al ensayo.

Las actas confirman, además, el aval de Daniel Cosío Villegas, entonces al frente de la institución, y de Joaquín Díez-Canedo, gerente de producción por aquellos años. Por una u otra vía, la elección no carece de méritos propios: José Luis Martínez, recién alcanzados los cuarenta años, era ya uno de los críticos más destacados de su generación.

La antología cuenta con tres ediciones: 1958, 1971, 2001, y con reimpresiones en 1984, 1995, 2002 y 2016.³ La primera edición reunió a cincuenta y seis autores, distribuidos en dos volúmenes: treinta y dos en el primero y veinticuatro en el segundo. El “Prólogo a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera”, “La velada de Sodzil” y el “Discurso en la inauguración de la Universidad Nacional” de Justo Sierra (1848-1912) inauguran el volumen 1. Lo siguen José López Portillo y Rojas (1850-1923), Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), Francisco A. de Icaza (1863-1925) y Luis G. Urbina (1868-1934), entre otros. Cierran el volumen textos en prosa –no necesariamente ensayos, en sentido estricto– de Alfonso Junco (1896-1974), Eduardo Villaseñor (1896-1978), Samuel Ramos (1897-1974) y Daniel Cosío Villegas (1898-1976), autores en madurez intelectual hacia 1958. El segundo volumen privilegia voces del siglo xx. Abre con Jaime Torres Bodet (1902-1976), pasa por los Contemporáneos –Villaurrutia, Cuesta, Novo– y concluye con José E. Iturriaga [1914-2011], Arturo Arnaiz y Freg [1915-1980], Emilio Uranga [1921-1988] y finalmente Pablo González Casanova (1922-2023). En total, se publicaron noventa y cuatro ensayos –sesenta en el primer volumen

1898

³ Completan este panorama editorial dos reimpresiones prácticamente desconocidas de la segunda edición, publicadas, con permiso del Fondo de Cultura Económica, por la editorial Promexa, en 1985 y 1992, bajo el título renovado de *El ensayo: siglos XIX y XX. De Justo Sierra a Carlos Monsiváis*. Desde su aparición inaugural, en 1958, hasta la edición definitiva de 2001, la antología de José Luis Martínez se convirtió en una presencia constante, casi inevitable, en la literatura mexicana del siglo xx. Aunque persisten vacíos en los registros de tirajes –particularmente la del volumen 2 con Promexa, en 1995, o la del Fondo de Cultura Económica, en ese mismo año–, un cálculo conservador, basado en los datos disponibles hasta su última reimpresión, en 2016, arroja una cifra cercana a los 40,000 ejemplares, convirtiéndola, naturalmente, en la antología de ensayo con más ejemplares distribuidos en México.

y treinta y cuatro en el segundo— y se tiraron cuatro mil ejemplares de cada tomo. Cuidaron la edición Carlos Villegas y Alí Chumacero.

Entre primera y segunda edición, transcurrieron trece años. Se mantuvo la esencia de la edición anterior, aunque se redujo el número de autores a treinta en el primer tomo —“cuya promesa se había oscurecido con los años”— y se incrementó a veintinueve en el segundo —pues algunos escritores “debían tomar el lugar que les correspondía”. Se actualizaron las notas biobibliográficas, se eliminaron o sustituyeron algunos textos de la primera edición y se añadieron nuevos ensayistas, entre ellos, José Alvarado (1911-1974), Ramón Xirau (1924-2017), Jaime García Terrés (1924-1996), Carlos Fuentes (1928-2012), Juan García Ponce (1932- 2001) y Carlos Monsiváis (1938-2010). La nota adjunta a la segunda edición subraya una advertencia, probablemente dirigida a quienes criticaron la ausencia permanente de José Revueltas: los ensayos de especialidad política, filosófica, sociológica y económica se incorporan si y sólo si exhiben “la especulación y el tratamiento literario propios del ensayo”.

En los albores del siglo XXI, se publica la versión definitiva. La nota que acompaña a la tercera edición está firmada en 1996, pero la antología se publica hasta el 2001. Los cambios suceden únicamente en el volumen 2, que se robustece con nuevos textos de autores como Octavio Paz, Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis, escritos entre 1991 y 1993. Si la primera edición del volumen 2 fue de 414 páginas, la última es de 676. Si consideramos también que el ensayo más antiguo —“Estética de la prosa”, de Manuel Gutiérrez Nájera— data de 1893, *El ensayo mexicano moderno* abarca un siglo completo de producción ensayística.⁴ Así, la tercera edición reúne

⁴ Tomo este dato del conteo que llevó a cabo el investigador Óscar Mata, en “El ensayo mexicano moderno” (2005), parte del número 24 de la revista *Tema y variaciones de literatura*. Su artículo ofrece datos sumamente útiles para la comprensión de la antología, desde entradas, salidas y reingresos hasta una atendible interpretación de la idea de historia literaria en José Luis Martínez. El número está dedicado casi en su totalidad al ensayo —cosa de por sí rara en nuestro mundo editorial—, con noticias sobre ensayistas específicos, colindancias genéricas, escrituras híbridas y las obligadas vueltas a Michel de Montaigne. El artículo de Mata es el único que comenta los pormenores de una antología de ensayo.

un total de 118 ensayos –119 con la “Introducción”–, divididos en sesenta y seis en el primer tomo y cincuenta y dos en el segundo, escritos por cincuenta y nueve autores mexicanos nacidos entre 1848 y 1938. Con el reciente deceso de Pablo González Casanova, en el 2023, a la edad de 101 años, todos los ensayistas de la antología ya fallecieron.

La selección de autores es abiertamente reconocida en el prólogo como una operación dual entre las preferencias del antologador y las figuras más representativas de la época –todas masculinas. A ello deben sumarse las tres aristas implícitas que funcionan como criterios de selección entrelazados: lo ensayístico, lo mexicano y lo moderno.

Lo mexicano opera simultáneamente como nacionalidad y como temática recurrente. Martínez concede prioridad a los ensayos que exploran las inquietudes intelectuales de una época, desde los dilemas de identidad hasta las cuentas pendientes de la revolución. Ejemplos de cómo lo mexicano es visto y entendido como problema y horizonte son los análisis del indigenismo de Alfonso Caso, los estudios psicológicos de Samuel Ramos o las indagaciones filosóficas de Leopoldo Zea.

La modernidad, en cambio, es un criterio más elusivo. Son claras cuando menos dos dimensiones: como marco histórico temporal y como postura intelectual. En tanto sello de época, se imponen los intereses comunes que remiten al “espíritu” de renovación que caracterizó la primera mitad del siglo xx. Como actitud, la modernidad se traduce en un americanismo que piensa por escrito y tiene al ensayo como su herramienta intelectual predilecta, incluso a través de registros más personales, subjetivos –algunos los llamarían “lúdicos”– y menos comprometidos con la solemnidad patriótica –los ensayos de Salvador Novo condensan bien esta modernidad tanto cronológica como estilística.

Pero es en lo ensayístico donde José Luis Martínez establece su criterio más distintivo. La antología se articula en –pero no se limita a– una noción de “literatura de ideas”, que valora por igual el rigor del pensamiento y el relieve literario de la prosa. Esta concepción, aunque heredada de los ateneístas, alcanza en la antología

su formulación más depurada y sistemática. La importancia histórica de *El ensayo mexicano moderno* radica precisamente ahí: antes de 1958, no existía en México un compendio que reuniera textos exclusivamente ensayísticos –por problemática que sea esta aseveración–, mexicanos y de vocación panorámica. Desde entonces, la ligazón entre el ensayo y la literatura de ideas se volvería el modelo dominante para las antologías de ensayo en español a lo largo del siglo xx.

BREVE CRÓNICA DE UNA CLASIFICACIÓN: LAS DIEZ MODALIDADES ENSAYÍSTICAS (1946-1958)

Para hacernos una idea menos superficial de su procedencia, origen o motivación, es necesario dejar en claro dos asuntos: el primero es que los ánimos clasificatorios le vienen dados a José Luis Martínez por adherencia a dos trabajos previos al suyo, a saber, *Del ensayo americano* (1945) de Medardo Vitier y *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos (1895-1931)* (1946), la antología española a cargo de Ángel del Río y M. J. Benardete. No es un secreto: las dos referencias son abiertamente citadas en “Formas afines y modalidades del ensayo” –segundo apartado de la “Introducción”–, en donde efectivamente se pautan “diez estratificaciones de la prosa no narrativa”, cuya “flexibilidad” y “libertad formal e ideológica” viven “en el pensamiento moderno [de] este cuerpo fluido que es el ensayo” (p. 13). Nombrando, pues, “ensayo” a cualquier texto que se adentre con profundidad y moderada amplitud en la discusión de un tema en específico, semejante apertura propicia angustias clasificatorias. Vitier concibe el ensayo principalmente bajo tres formas: el artículo periodístico de temas inmediatos, el estudio crítico de base erudita y método riguroso y la monografía de carácter educativo y alcance exhaustivo. Del Río y Benardete ofrecen otra tripartición: el ensayo puro –ya sea filosófico, histórico o literario–, el poético-descriptivo –centrado en la recreación lírica del paisaje– y el crítico-erudito –propio del ámbito académico.

Sin mucho trabajo, podrá notarse que las seis divisiones alimentan más de la mitad de las diez modalidades. No es imitación tosca: Martínez está ejecutando una maniobra que busca reorganizar

—¡fabricar incluso!— la tradición del ensayo en México mediante la incorporación de sus hábitos antológicos más recientes. Esto es lo primero que me interesa dejar en claro: las diez modalidades de Martínez tienen una clara procedencia de trabajos panorámicos de ensayo que proponen su propia división, porque catalogar, etiquetar y fraccionar al ensayo se encuentra en el corazón de la teoría ensayística de mediados del siglo pasado —hoy en día, por ejemplo, es casi un insulto. La primera antología panorámica de ensayo no tiene de otra: debe aprender y suscribir los modelos célebres —en este caso, el gesto de dividir, clasificar y reordenar— para sincronizarse con Hispanoamérica. Téngase presente que en manos de José Luis Martínez se encuentra una antología que hasta 1958 es única en su clase y que durante los próximos años recorrería no sólo las estanterías mexicanas, sino las más recientes sucursales del Fondo de Cultura Económica en Buenos Aires, Perú y España. Posicionar una tradición profusa, pero desperdigada, requiere una taxonomía local, cuya intención es despejar la ecuación del ensayo en términos estrictamente literarios. Hacia 1958, México es un país principalmente de prosistas y poetas. Tras la llegada de *El ensayo mexicano moderno* nadie pondrá en duda que nuestro universo ensayístico va más allá de dos o tres ateneístas. Las diez modalidades trazadas por José Luis Martínez contribuyen de manera enorme a este proyecto de pertenencia y afirmación original.

Segundo asunto: en *Una amistad literaria. Correspondencia 1942-1959* (2018), las cartas entre Alfonso Reyes y José Luis Martínez, los apuntes del investigador Rodrigo Martínez Baracs —su hijo y uno de los editores del libro— dan noticia de que las diez categorías tuvieron tres momentos de gestación —ver tabla 1. En su artículo “El ensayo y la crítica en México. 1940-1946”, que forma parte de la primera edición de *Literatura Mexicana Siglo XX. 1940-1946*, Martínez se embarca en un primer intento de categorizar los ensayos, basándose en la producción literaria mexicana de mediados de la década de los cuarenta. Este texto, firmado en 1946, muestra que las primeras etapas de las categorías fueron ideadas con base en la producción ensayística de varios autores, que más adelante formarían parte de su antología. Seis años después, en un artículo

publicado en *Cuadernos Americanos*, titulado “La obra de Alfonso Reyes” (1952), Martínez las revisa y modifica ligeramente, agregando una particularidad interesante: las categorías son ahora específicas y adaptables directamente a la obra ensayística de su maestro y camarada: Alfonso Reyes, depositando en el currículum de un sólo hombre lo que antes describía a toda una generación. Finalmente, en 1958, ya en *El ensayo mexicano moderno*, lugar donde han añejado, Martínez realiza ajustes adicionales, eliminando la undécima clasificación, “Tratado” –haberla dejado atentaba contra la “flexibilidad” y “libertad formal e ideológica” defendida en su “Introducción”–, mientras que las demás categorías apenas sufren modificaciones.

“El ensayo y la crítica en México 1940-1946” (1946)	“La obra de Alfonso Reyes” (1952)	<i>El ensayo mexicano moderno</i> (1958)
<p>1) Ensayo de creación literario;</p> <p>2) Ensayos sobre temas literarios o de ciencia literaria;</p> <p>3) Ensayos de tema filosófico;</p> <p>4) Ensayo de cuestiones artísticas o crítica de arte;</p> <p>5) Ensayo de temas político-sociales;</p> <p>6) Ensayos biográficos;</p> <p>7) Ensayo periodístico (crónica ensayística);</p> <p>8) Ensayo de crítica literaria</p>	<p>1) Ensayo como género de creación literaria;</p> <p>2) Ensayo breve, poemático;</p> <p>3) Ensayo de fantasía, ingenio o divagación;</p> <p>4) Ensayo-discurso u oración (doctrinario);</p> <p>5) Ensayo interpretativo;</p> <p>6) Ensayo teórico;</p> <p>7) Ensayo de crítica literaria;</p> <p>8) Ensayo expositivo;</p> <p>9) Ensayo crónica o memoria;</p> <p>10) Ensayo breve, periodístico o de circunstancia</p> <p>11) Tratado</p>	<p>1) Ensayo como género de creación literaria;</p> <p>2) Ensayo breve, poemático;</p> <p>3) Ensayo de fantasía, ingenio o divagación;</p> <p>4) Ensayo-discurso u oración (doctrinario);</p> <p>5) Ensayo interpretativo</p> <p>6) Ensayo teórico;</p> <p>7) Ensayo de crítica literaria;</p> <p>8) Ensayo expositivo;</p> <p>9) Ensayo de crónica o memorias;</p> <p>10) Ensayo breve, periodístico</p>

Tabla 1. Transformación de las diez modalidades ensayo de 1946 a 1958

Fuente: *Una amistad literaria. Correspondencia 1942-1959*

¿Qué habrá impulsado a José Luis Martínez a crear, en primer lugar, una clasificación basada en una visión panorámica de la ensayística mexicana y luego centrarla en un único individuo, sólo para luego volver a convertirla en un análisis de conjunto? ¿Habrán sido creadas considerando genuinamente las expresiones de una época o habrán sido diseñadas exclusivamente para Alfonso Reyes desde un principio? Es decir, ¿las categorías surgieron realmente de diversos autores o siempre tuvieron en mente a uno solo, que, a su vez, las representaba todas?⁵

Hablar de las diez modalidades de Martínez implica necesariamente pensar su antología partiendo de una clara filiación reyista. Martínez, por lo demás, no la oculta. En todo caso, la desvanece, pues Alfonso Reyes no es el ensayista más antologado en sus tres ediciones –las meditaciones cortas de López Velarde son diez, por ejemplo, contra los cinco ensayos de Reyes–, ni tampoco el que más páginas consume de la antología –para la tercera edición, la definitiva, los ensayos de Octavio Paz abarcan sesenta y cuatro páginas, contra treinta y cinco de Reyes. Sí es, en cambio, el autor que recibe la nota biobibliográfica más apasionada y de mayor extensión. Pero sin duda, la presencia de Reyes que importa –la que debería importarnos; lo demás es comidilla literaria, muy de antologías– es su oportuna aparición en el momento cumbre de la “Introducción”, cuando Martínez le recuerda al mundo que el ensayo es ante todo y sobre todo una “literatura de ideas”. Al afirmar que su base teórica pertenece a los “esquemas y denominaciones establecidos por Alfonso Reyes en *El deslindo*” (p. 10), Martínez no sólo sella una filiación intelectual, sino que activa el arsenal teórico que resultará inevitablemente en sus diez modalidades.

De modo que compaginarse con ejercicios antológicos afines, por un lado, y depositar la tradición ensayística en la obra de nues-

⁵ Estas preguntas encontraron su formulación inicial en el libro *El ensayo mexicano moderno: la primera antología panorámica de ensayo en México* (2025) –recientemente, publicado por el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara–, donde dedico unas cuantas reflexiones, de mayor extensión, a la presencia de Alfonso Reyes en la antología de José Luis Martínez.

tro más grande ensayista, por el otro, son dos explicaciones a las diez modalidades del ensayo postuladas en *El ensayo mexicano moderno*. De ahí provienen y por ahí deberíamos comenzar. Hoy en día, lo sabemos: la comprensión del ensayo por vía de sus representaciones “más frecuentes” nos obligaría a incrementar las diez modalidades a quince, veinte o más. ¿Habrá considerado José Luis Martínez la posibilidad de un salto exponencial? No lo sé. Los hechos son los hechos: las diez modalidades no sufrieron cambio alguno en ninguna de las tres ediciones, ni siquiera en la tercera y última, de 2001, cuando los contratos del ensayo están lejos de ser exclusivamente propiedad del ensayo de identidad. Independientemente de si lo sabía o si se vio atrapado en la trampa progresiva de su propia hermenéutica, José Luis Martínez nunca afirmó que las categorías fueran permanentes ni estáticas; y antes de enumerar sus diez modalidades, deja una advertencia que debería prevenirnos de cualquier imposición: “Mezclándose, confundiéndose o apartándose de estas formas afines vive en el pensamiento moderno este cuerpo fluido que es el ensayo. Desentendiéndonos del hecho de que se encuentra o no en su improbable pureza, el ensayo, por otra parte, se presenta con mayor frecuencia en las siguientes modalidades” (p. 13). “Mezclándose”, “confundiéndose”, “apartándose”: tres verbos que alteran y transforman el discurso ensayístico, dada su constante impureza, incluso en un contexto estrictamente literario. Dividir y clasificar no es un despropósito, siempre y cuando se tenga en cuenta por qué se hace –o por qué se hizo– en la historia todavía pendiente de nuestra ensayística nacional. Alfonso Reyes y José Luis Martínez, atentos lectores de Montaigne, entendieron que los ensayos poseen un espíritu conciliador, que no se ajusta al orden dogmático. Otra cosa es lo que vino después, cuando la interpretación estricta, impositiva, totalmente antiensayística de las diez modalidades estableció fronteras rígidas de difícil conciliación. La consecuencia fue una especie de polarización al interior de la escritura ensayística, donde la aplicación literal de las modalidades fomentó lecturas incompatibles entre sí. El caso más ilustrativo podría ser la oposición tajante entre el ensayo literario y el ensayo académico, que con el tiempo terminó por fijar una idea de ensayo

por simple afinidad a las antologías, mismas que la hicieron circular, sin que mediara, en ningún grado, una pausa aclaratoria.

UNA POSTDATA A MODO DE CONCLUSIÓN

Es altamente factible que quien se adentra en el ensayo por primera vez haya sido expuesto a lineamientos de argumentación estricta y cumplimiento de cuartillas. Contrario a lo que pudiera pensarse –contrario a lo que pudieran pensar quienes le atribuyen, siempre con buena voluntad, un ejercicio de libertad suprema de apropiación inmediata–, las y los estudiantes no siempre reciben con singular alegría su firme falta de sistematicidad y su invariable porosidad. Pero esa es precisamente la cuestión: la enseñanza y transmisión del ensayo descoloca rápidamente y por eso hay que ir paso a paso, con paciencia, sin precipitación. Al hablar de *El ensayo mexicano moderno* nos corresponde exponer detalladamente las razones por las que la antología funciona y no funciona. Funciona, por ejemplo, para mostrar cómo el discurso ensayístico opera en distintas direcciones –y las diez modalidades son bastante rentables al respecto. No funciona, por ejemplo, en la construcción y consolidación de un canon literario que omite deliberadamente la presencia de ensayistas mexicanas.

La antología todavía tiene mucho que decírnos, pero sólo si nos damos el tiempo de hacerle y hacernos preguntas: ¿qué tan presente seguimos teniendo las diez modalidades? ¿Hasta qué punto las seguimos considerando relevantes? ¿Con qué frecuencia se acude todavía a ellas con un auténtico afán didáctico? ¿Tienen presencia en asignaturas, talleres creativos, coloquios de avance de tesis, asesorías del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA)? ¿Por qué sí y por qué no? A sesenta y seis años de la primera antología panorámica de ensayo en México, y tras múltiples ediciones y cuantiosas reimpresiones, ¿qué tanto podría decirse que contribuye –o condiciona– al discurso ensayístico? Más aún: ¿cómo leer hoy esta antología? Se me ocurre que lo primero sería evitar las superficialidades fáciles, como criticar las modalidades sin asignarle una evolución paulatina o un correlato que la ponga en perspectiva. Y sobre todo, la clave estaría en evitar la tentación de convertirla en

camisa de fuerza para nuevos ensayistas –si todavía se hace. Se me ocurre también otro camino: en lugar de pedirle a los estudiantes que memoricen y se incluyan en una modalidad u otra –si todavía se hace–, ir a Alfonso Reyes, leerlo directamente, permitiendo así contrastar el sistema clasificatorio de José Luis Martínez con las fuentes que lo inspiraron. En otras palabras, leer a Reyes para buscarse en Reyes, como lo hizo Martínez, como lo hicieron muchos después de él, como lo siguen haciendo todavía unos cuantos. Hacerlo supone una ventaja insuperable: *El ensayo mexicano moderno* pasaría a ser lo que siempre ha sido: una exegética que cristaliza una particular visión del género ensayístico a mediados del siglo XX, con aciertos y desaciertos, con elecciones a ratos justificadas y a ratos triviales. No un manual de instrucciones, sino el testimonio de cómo una época pensó el ensayo. ➔

REFERENCIAS

- DEL RÍO, A., & BENARDETE, M. J. (1946). *El concepto contemporáneo de España: Antología de ensayos (1895-1931)*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- MARTÍNEZ, J. L. (Sel., introd. y notas). (1958). *El ensayo mexicano moderno*. [Vol. 1]. México: Fondo de Cultura Económica.
- MARTÍNEZ, J. L. (Sel., introd. y notas). (1958). *El ensayo mexicano moderno*. [Vol. 2]. México: Fondo de Cultura Económica.
- MARTÍNEZ, J. L. (1952, enero-febrero). La obra de Alfonso Reyes. *Cuadernos Americanos (la revista del nuevo mundo)*, xi, 1. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- MARTÍNEZ, J. L. (1949). El ensayo y la crítica en México. 1940-1946. En *Literatura mexicana siglo XX, 1910-1949* (pp. 91-103). México: Antigua Librería Robredo.
- MARTÍNEZ BARACS, R., & Ramírez Delira, M. (Eds.). (2018). *Una amistad literaria: Alfonso Reyes y José Luis Martínez. Correspondencia 1942-1959*. [Versión digital]. México: Fondo de Cultura Económica.

- MATA, Ó. (2005). El ensayo mexicano moderno. *Tema y variaciones de literatura*, 24, 81-90. México, Universidad Autónoma Metropolitana. Véase <http://zaloamati.azc.uam.mx/handle/11191/595>
- SOUTO, A. (1973). *El ensayo*. México: Complejo Editorial Latinoamericano.